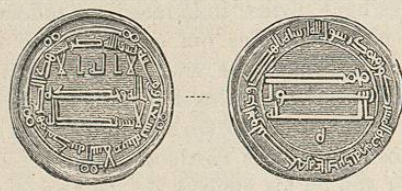


los mismos orientales y, envuelta en cierto misterio por el velo de la poesía, se ha propagado con los cuentos de *Las Mil y una Noches* hasta el extremo Occidente, goza este califa, bastante benigno para abasida y hasta simpático bajo ciertos aspectos, del honor de ser considerado por el mundo en general como el genuino representante de la magnificencia oriental, el Carlo Magno del Oriente, el verdadero y legítimo califa de Bagdad. En realidad, con él empieza la decadencia del califato, porque al derribar á los barmecidas derribó también la política de conservación del equilibrio entre árabes y persas, siendo el mérito personal de El-Mansur y de aquellos haber reconocido su eficacia y manteniéndola en vigor durante cincuenta años.

## CAPITULO III

## ÁRABES Y PERSAS

Por marcado que fuera el antagonismo de los dos pueblos predominantes en el Islam de aquella época, mientras no se le provocó á violenta explosión, no solo fué posible con-



Dirhem de Harun El-Raschid (de plata).

Anverso. — Centro: No hay mas Dios [que Allah] no tiene su igual. — Borde: En nombre de Allah se acuñó este dirhem en la ciudad de la salvacion (véase anteriormente) en el año ciento y noventa (806).

Reverso. — Centro: Mahoma [es el enviado de Allah] (marca de acuñación). — Borde: Mahoma (es) el enviado de Dios. El ha enviado por él la dirección y la verdadera religion, para que le haga soberano sobre la religion en general, por mas que no lo quieran consentir los idólatras.

tenerlo, mediante una justa y pródica administración, sino también llevarlo á la mancomunada acción que, hasta la muerte de Harun (193 = 809), permitió al gobierno adoptar una actitud enérgica así enfrente del exterior como en el interior. Ya vimos el poco respeto que imponía el califato durante los últimos reinados de los omniadas á las provincias fronterizas y á las vecinas naciones. La España y el Africa en completa rebelión; descubiertas las fronteras hacia el Asia Menor; la Siria septentrional, la Mesopotamia y la Armenia expuestas á las incursiones de los bizantinos; las tribus turcas del país de los Cazares, de la Transoxania y del Kabul otra vez emancipadas á la influencia árabe; tales eran las condiciones en que recibieron los abasidas el imperio, arrastrado por ellos mismos al borde del abismo; pero El-Mansur supo cambiar pronto este estado de cosas. Forma uno de los dramas mas interesantes de la historia del mundo el enlace, que en esta época comienza, de las discordias entre la Iglesia romana y los iconoclastas emperadores isáurico-bizantinos con las continuas revueltas intestinas del imperio de los califas desde la caída de los omniadas. Unas y otras comienzan á entrelazarse en conjunto tan enmarañado que por un momento parece deber encadenar á los destinos del Islam no solo á Constantinopla, como en otro tiempo, sino también á todo el Occidente y al poderoso Estado de los Cazares del Norte. Por ambos lados hay cristianos contra cristianos y musulmes contra musulmes; vemos como hasta en un período de tiempo, durante el cual aparece el mundo de entonces dividido en dos irreconciliables bandos, las mútuas vicisitudes de los pueblos situados en torno del Me-

diterráneo se hacen sentir hasta los extremos confines del Oriente y del Occidente (1). Aquí tenían que luchar los árabes de España con los francos, allí los bizantinos con los califas: tan pronto como se enconara la situación de aquellos para con sus correligionarios del Asia y la de los papistas carlovingios con los emperadores heterodoxos de Constantinopla, una alianza entre la casa de Carlos Martel y los abasidas, caso que pudiera realizarse, debía ofrecer las mayores ventajas á ambas partes; y por otro lado, Leon el Isaurio se había casado, en el año 732 (114), con Irene, hija del Jahan de los cazares, y este matrimonio, á la par que origen de innumerables desdichas para los bizantinos, les proporcionó á lo menos el apoyo del imperio del Norte, que desde entonces se opuso, mas amenazador que nunca, en el paso de Derbend, á los lugartenientes de los califas. En definitiva, la demasiada distancia local pudo mas que la mancomunidad de intereses, y las cosas no pasaron mas allá de las demostraciones de amistad de que fueron expresión la embajada que envió Pepino á El-Mansur (148 = 765) y después el cambio de mensajes y regalos entre Carlo Magno y Harun (797 = 180 y 801 = 184). Si de este modo los francos lograron ver su primer elefante y acaso algunas ventajas también para sus peregrinos en la Palestina, en cambio los importantes sucesos que se desarrollaron en la grande escena del mundo solo fueron influidos por los efectos indirectos de la situación que hemos apuntado mas arriba. Así, las dificultades que originó al poderoso Constantino V su tenaz persecución de las imágenes, permitieron á El-Mansur reconquistar, en el año 139 (756), á Malatia y Mopsuestia y restablecer de este modo la antigua línea de fronteras hacia Constantinopla. Pero, por otra parte, solo á costa de grandes pérdidas logró defenderse contra los cazares y los turcos, y con tan poco éxito en el año 145 (762), que ya en 147 (764) vuelven á aparecer en Tiflis, desde donde devastan atrocemente el país y hacen innumerables prisioneros. La rebeldía de los pueblos ribereños del mar Caspio, de Deilem y Tabaristan, que hizo necesaria una campaña especial en los años 141-142 (758-759) y 144 (761), aumentaba la dificultad de asegurar con eficacia las fronteras del Norte; y cuando se podía creer al Turquestan definitivamente incorporado al imperio, otra grave rebelión, en los años 167-168 (783-785), vino á demostrar lo que había que temer para lo futuro de estos pueblos montañoses, uno de los cuales estaba destinado á acarrear á la postre la ruina del poderío del califato. En cambio, Abu Muslim había logrado en el Este, aun bajo el reinado de Saffah, someter de nuevo la Transoxania hasta la frontera china (133-134 = 750-751), y en tiempo de El-Mansur se consiguió también que el príncipe de Kabul, tras algunas expediciones emprendidas contra él desde el Sed-estan, se decidiera á satisfacer otra vez el tributo, llegándose además, en el territorio indio fronterizo, á hacer nuevas conquistas en el Pandyab hasta cerca de Cachemira (desde 151 = 768), después de haber recuperado á Multan.

Mas difícil era la situación en el Occidente. Ciertamente el Egipto, después de aniquilados los partidarios de Merwan, seguía manifestando, con raras excepciones, su antigua inclinación pacífica; pero la autoridad de los abasidas no alcanzaba por el pronto mas allá de la vecina Barka. Por mas que Abderrahman Ibn Habib declaró formalmente su sumisión á Saffah, y aunque las tribus berberiscas que tenían sus tiendas mas allá de Tremecen no acataban siquiera su propia autoridad, y solamente lograba imponerla á los

(1) Para apreciar en todos sus detalles esta situación, me permito referir otra vez al lector á la clásica exposición de Ranke (*Historia Universal*, V, 2). Véase también Hertzberg: *Historia de los bizantinos* (de esta colección).

que moraban mas al Este, por medio de repetidas expediciones militares, la verdad es que el emir procedió por lo general como príncipe independiente. Algunos felices golpes de mano realizados por su escuadra en las costas de Sicilia y Cerdeña, le envalentonaron de tal modo que cuando El-Mansur, que era poco amigo de situaciones mal definidas, quiso obligarle á manifestarse mas sumiso, le negó rotundamente su obediencia (137 = 754-755). Era esto tanto mas peligroso cuanto que en el mismo año algunos omniadas que habían conseguido librarse del trágico fin de los demás individuos de su familia, habían llegado á Keirowan y sido recibidos allí con los brazos abiertos. Entre ellos se encontraban dos hijos de Walid II y un nieto de Hisham, Abderrahman Ibn Moawiya, juntamente con algunas mujeres. Para granjearse una alianza, que prometía mucho, con los herederos del califato damasceno, así Abderrahman Ibn Habib como su hermano Ilyas tomaron por esposas á dos de estas mujeres; y á no ser por la insensatez de los hijos de Walid, acaso se hubiera intentado ya entonces rescatar de manos de los usurpadores abasidas una parte, á lo menos, de su presa. Pero aquellos empezaron imprudentemente á irritar al hijo de Habib con altaneras pretensiones queriendo obtener su respetuosa subordinación á los individuos de la dinastía derrocada, exigencia poco en armonía con las verdaderas circunstancias respectivas del momento. El emir, hombre de prontas decisiones, hizo desaparecer á sus molestos huéspedes, pero poco después cayó él mismo bajo el puñal de su propio hermano, excitado á la venganza por su esposa omniada. Abderrahman Ibn Moawiya, después del asesinato de sus primos, que nada bueno le podía presagiar, anduvo otra vez fugitivo y errante de tribu en tribu, hasta que, por último, llegó á Ceuta; de allí se atrevió á pasar á España, en el año 138 (755), donde el desvalido aventurero, al cabo de un año, á fuerza de osadía, desprecupación é inaudita suerte, logró elevarse á soberano de este gran país y fundar, á pesar de los abasidas, una nueva dinastía omniada (139 = 756). Entretanto, la situación del Africa había llegado al último extremo. Habib, hijo del asesinado Abderrahman, empezó una guerra de venganza contra su tío (138 = 755-756), y esta desmembración de las fuerzas árabes fué la señal para un alzamiento general de los bereberes, en el que pereció Habib y con él la dominación árabe (140 = 757), que nunca mas se logró restablecer en el Este. En aquel mismo año Sidschilmasa y en 144 (761) Tahert (la actual Takdemt) sidaron convertidas en capitales de los estados berberiscos independientes de los Benu Midran y de los Benu Rustem. También Keirowan permaneció hasta 144 (761) en poder de las tribus rebeldes, pues que El-Mansur, en lucha con sus tios, con los bizantinos, el Tabaristan y los varios rebeldes en el interior del imperio, solo en 142 (759) pudo dedicarse á la reconquista de Africa. Esta fué dirigida desde el Egipto por Mohammed Ibn Asch'ath. Las primeras operaciones no tuvieron buen éxito, pero poco después suscitáronse nuevas discordias entre los mismos bereberes, y los árabes lograron entonces inferirles una sensible derrota, obligándoles á desocupar á Keirowan (144 = 761), la que fortificada de nuevo por completo, volvió á ser árabe durante algun tiempo. Aglab, teniente de Mohammed, sometió también (144 = 761-762) la parte oriental de la antigua Numidia, ó sea la llamada Sab, con su capital Tobna, y aunque después no faltaron tampoco disensiones entre los mismos árabes, según la antigua costumbre entre Keis y Kelb (148 = 765-150 = 767), y nuevas rebeliones de los bereberes perturbaron la paz cada dos ó tres años (150 = 767-768; 154 = 791 y así sucesivamente), todavía fué acatada, durante algunas décadas, la autoridad de los abasidas

en aquellas comarcas. Pero mas allá toda la energía del mismo Mansur no logró extenderla, pues si bien por instigación suya hizo El-Alá Ibn Mogith, en el año 146 (763), un desembarco en la España meridional y promovió una temible rebelión contra el omniada Abderrahman, no era posible que tuviese éxito duradero; el emisario abasida encontró allí su muerte, y tanto España como toda el Africa Occidental siguieron independientes del califato.

El estado constituido por El-Mansur y los barmecidas dió en casi todas partes satisfactorias muestras de sus condiciones de resistencia durante las décadas siguientes, por mas que la fuerza de los sagaces ministros consistiera mas bien en las artes de la administración que en las de la guerra. Pero El-Mahdi fué en sus mejores tiempos un príncipe enérgico, y lo que faltaba á Harun en cualidades militares lo suplía hasta cierto punto la altivez del soberano, que repetidas veces le incitó á salir á campaña en persona, á lo menos nominalmente (1), contra los bizantinos. Así, vemos al califato desde los tiempos de El-Mansur en guerra constante con los bizantinos; cierto que ésta se reducía, mas aun que antes, casi exclusivamente á correrías, en las que se procuraba devastar por completo las respectivas provincias fronterizas y llevarse cuantos mas prisioneros se podían hacer. Cada vez que uno de los dos reinos era presa de revueltas intestinas, el otro obtenía por el momento mayores ventajas; así las lograron los sarracenos, en tiempo del Mahdi, en los años 159, 165, 168, y durante el califato de Harun en 172, 174, 175, 177, 178, 181, 182, 187, 188, 190 (776-806), y los griegos en 161-164 y 191 (778-781, 807). Si bien los sarracenos, en algunas de estas expediciones, llegaron á penetrar de nuevo muy en el interior del Asia Menor,—en 165 (782) hasta el Bósforo, en 181 (797), mandados por el mismo Harun, hasta Aneyra y Amorium, y en 182 (798) hasta Efeso, mientras que los mayores avances de los bizantinos no pasaron de las fortalezas fronterizas de Malatia y Mar'asch (Germanicia),—no hubo variación perdurable en la situación territorial, resultando únicamente gananciosos los musulmes en que por lo general fué campo de batalla el territorio bizantino. El suyo quedó protegido eficazmente desde el primer año del reinado de Harun (170 = 786) por la metódica fortificación de las plazas fronterizas, desde Malatia hasta Tarso; estos fuertes y castillos constituían, bajo el nombre de El-Awasim, «las defensas», un departamento especial de la administración, una especie de frontera militar cuya organización acreditó su eficacia así entonces como posteriormente. Al propio tiempo que estas guerras terrestres, las hubo también navales, en el año 175 (791), en la proximidad de Chipre. En 190 (806), cuando los habitantes de esta isla, que jamás llegó á ser verdaderamente árabe, olvidaron otra vez el pago del tributo, la escuadra musulímica desembarcó un numeroso ejército que devastó atrocemente el país y se llevó 16,000 cautivos. Pocos hechos notables ocurrieron durante esta época en el Norte, donde según los datos que tenemos los cazares no volvieron á hacer mas que una sola incursión de alguna importancia en la Armenia (183 = 799). Tampoco hubo sucesos de importancia en el Este, donde desde la traslación de la capital á Bagdad, habiendo podido desarrollarse mas rigurosamente la influencia del califato, los turcos se mantuvieron tranquilos casi todo aquel tiempo.

(1) El verdadero mando lo ejercían naturalmente los generales, como Hasan Ibn Kahtaba, Yezid Ibn Mas'ad, Abdelmelik Ibn Salih y otros. El concepto que nos deben merecer expresiones como «Harun emprendió la campaña» y demás por el estilo, se deduce del hecho de que ya se hace indicación semejante en 163 (780), durante el califato del Mahdi, cuando Harun tenía á lo sumo diez y ocho años de edad y mas probablemente solo quince.